

Fiscal-dramaturgo Sergio Vodanovic repensó sucesos estudiantiles 1968, proyectó su propia conciencia político social, auscultó juventudes rebeldes y emergió con la obra "Nos tomamos la Universidad". Testimonio desencantado y polémico de la derrota del idealismo juvenil.

Por Graciela Romero

Desnudo en el escenario

EL RECTOR Fernando Castillo salió en puntillas, impactado. El autor y actor Hugo Muller, director del departamento audiovisual universitario católico, estaba furioso. El flamante diputado Bernardo Leighton llegó despistado, preguntando si ahí se estrenaba "la obra de Sergio", pero abandonó la sala sin conversar con nadie. Una directora de revista femenina recusó la pieza por nihilista. Media docena de espectadores jóvenes preguntaban si el monigote que se cuelga en el escenario representa a monseñor Silva Santiago, el ex rector de la Universidad Católica. Otros afirmaron que se trataba del ex decano de Medicina de la Universidad de Chile, el Dr. Amador Neghme. A las primeras 48 horas del estreno de "Nos tomamos la Universidad" por el Teatro de Ensayo, la polémica ya estaba cimentada, pero comentarios oficiales y públicos se oyeron y leyeron poco. Sergio Vodanovic, el autor de la obra, tiene su teoría:

—El teatro no trasciende en este país. Los espectadores tienden a transferir las imágenes que les calzan a terceras personas, sin verse ellos mismos. Lo palpé con "Deja que los perros ladren". En una de las primeras funciones me encontré con un sujeto que precisamente me sirvió de modelo para un "perro". Traté de esconderme pensando en los insultos inevitables. No sólo no los hubo, sino que el hombre me abrió los brazos, me felicitó y manifestó que ese tipo de obra de denuncia era lo que hacía falta en el país.

EL STRIP-TEASE DEL DRAMATURGO

Sergio Vodanovic (42 años, abogado, casado, 1 hija) fue alumno rebelde de los Padres Franceses. A los 15 años se enteró de que existía un grupo extremista llamado Falange y se inscribió en ese Partido. Su única información marxista la obtuvo antes de una empleada de la casa, que le aseguró que los comunistas

eran asesinos de niños y usaban barba. A él ambas cosas le parecieron poco atrayentes. Sus actividades políticas no gustaron a los curitas del colegio, que lo invitaron a retirarse a fines de ese año. Sin bulla ni rencores, Vodanovic se trasladó al Liceo de Aplicación y de allí pasó a la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile. No era un entusiasta ni un místico de las Leyes, sino un estudiante de casualidad:

—Tenía que trabajar, pero aún no encontraba dónde. También quería escribir. Fui a la Universidad por empatar tiempo y porque ahí se había matriculado un amigo. A los seis meses de estudios, mi abuelita me encontró empleo en la Caja de Empleados Públicos, donde pronto me di cuenta que los abogados llegaban más tarde y trabajaban menos horas. Como me carga madrugar, decidí seguir estudiando.

Con la misma simplicidad con que el actual Fiscal de la Caja de Empleados Públicos cuenta su trayectoria, también

confiesa sus penurias de dramaturgo durante la gestación de "Nos tomamos la Universidad":

—Estrenado "Peligro a 50 metros", con que hizo su debut el Taller Teatral del Teatro de Ensayo, me llamaron para pedirme una obra. La que yo quisiera escribir. La toma de las universidades chilenas me andaba dando vueltas en la cabeza. Me lancé al tema, sin otra cortapisa que dramatizarlo con el grupo de actores del Taller, ojalá ninguno más, y con escenario desnudo. No era poca cosa, porque tuve que ajustarme a los actores ya designados, en lugar de que ellos se ajustaran a la obra. Silueteé los personajes y los repartí a los interesados para que comenzaran a trabajarlos individualmente, mientras yo escribía. Mi amor propio sufrió muchísimo. En cada enfrentamiento con el grupo, yo debía mostrar mis retazos escritos en crudo. Era como desvestirse en público.

El strip-tease permitió a Sergio Vodanovic darse cuenta de que sus parlamentos



Iquique celebra en technicolor su fiesta con imprenta regional y sin complicaciones psicológicas o emocionales que se dan en otros actos de este tipo



CARLA I: Presidió fiesta iquiqueña.

carnaval sin complejos

EL CARNAVAL de pat'en quinchá que celebra Iquique tiene una impronta regional. La ciudad se llena de luces, de serpentinas, chayas y bailarines disfrazados que trasnochán durante una semana en la Avda. Balmaceda no sólo en una explosión de entusiasmo sino también en una prueba de gran resistencia física. Los 65.000 iquiqueños se comprometen en un torbellino de danzas y juegos que confunden edades y estratos sociales. Nadie se pierde el espectáculo.

—Yo no salgo ni a canón de Iquique para las fiestas —confesó un chofer de taxi. Por mi trabajo debo viajar siempre hacia Arica o al interior, pero en mis 36 años nunca me he perdido un carnaval.

LA SEMANA FELIZ

El carnaval, cuyo origen se vincula a fiestas religiosas de la antigüedad, fue traído a América por los españoles. En Iquique adquirió ciertas características especiales. La Fiesta de la Primavera

ra con la que guardaba alguna similitud, se ha extinguido lentamente y ya casi no quedan rastros. El carnaval se mantiene revestido por un sabor provinciano que lo sustrae a los rasgos tumultuosos de otras celebraciones.

Los cariocas, por ejemplo, cuyo carnaval ha sido objeto de innumerables estudios e interpretaciones, ven en esta fiesta una especie de catarsis colectiva. Otros piensan que se trata de una oportunidad para que hombres y mujeres de todas las edades y condiciones sociales realicen, aunque sólo sea fugazmente, sus ambiciones románticas. Un psiquiatra norteamericano J. Wayne Gibson, residente desde hace años en Río y que ha asistido a doce carnavales consecutivos, declaró últimamente: —"El carnaval es una época que permite usar el status del rico a seres de los más bajos estratos sociales. En los Estados Unidos, la gente gasta dinero y vive más de una vez al año; el brasileño pobre, en cambio, es marginado por su color y sus ropas. El carnaval permite al portero, que ha trabajado para el banco todo el año, transfigurarse y sentir que tiene algo en común con el gerente".

La semana de fiesta iquiqueña no guarda relación con el fenómeno brasileño. Se inaugura con bailes en plena calle (de preferencia ritmos de moda, pero hay para todos los gustos) y la consabida proclamación de candidatas a reina. El clima del puerto nortino es muy apropiado y para llegar a la playa basta con atravesar la calle. El día martes se desata la jugarreta. En los últimos años debió decretarse feriado porque quien sale a la calle corre el riesgo de quedar bañado en pintura o, en el mejor de los

casos, en agua. Durante la noche se eliminan los juegos húmedos y se cambian por serpentinas o chaya. Los jóvenes se disputan tubos con éter y perfume, de fabricación peruana, y con ellos rociaban sorpresivamente a alguna desconocida. La reacción favorable es el preámbulo de la conquista.

Este año, la Municipalidad tomó a su cargo la organización del carnaval nortino: iluminó paseos, instituyó premios y organizó espectáculos en distintos escenarios y un cine al aire libre. Una competencia de comparsas, equivalente lejano a las "escuelas" del carnaval carioca, hizo desfilar por la ciudad a conjuntos de "negros", "incas" y "chinos". A falta de medios, los iquiqueños aguzaron el ingenio.

Hacia el final de la fiesta, el "Curso de Flores" se ha hecho tradicional. La idea y fabricación de los carros alegóricos acaparan el mayor esfuerzo de los entusiastas. El primer premio de la presente temporada correspondió al carro fabricado por alumnos de la Universidad de Chile de Iquique. Los estudiantes construyeron sobre el camión un gigantesco elefante enteramente con flores de papel blancas. Los seis mil escudos que les reportó el triunfo fueron destinados a la creación de una emisora universitaria.

El domingo, junto con la clausura de la fiesta, se quema el símbolo del carnaval: el Rey Momo. El monigote es consumido sobre una embarcación que se aleja hacia alta mar, bajo la mirada expectante de todos. Curiosamente, a partir de este hecho, los iquiqueños dan por concluido el verano. Ya nadie vuelve a la playa.

La Municipalidad aspira a transformar esta fiesta en un atractivo turístico que condiga con el nombre que lleva: Carnaval del Pacífico.

Marcela Otero



VIOLENCIA MIMICA: Aporte de Nois-vander a "Nos tomamos la Universidad".

Pero hubo algo que se dijo por aquellos días que me hizo dar un salto. "No crean - se dijo en esa época - no crean que en el gobierno nos vamos a comportar como en un convento de monjas".

Sergio Vodanovic, en su oficina, declara:

-El Presidente Frei anticipó su impotencia para detener algunos ambiciosos que se desbordarían con el ascenso al poder. Fue como una premonición y una advertencia. Pero es difícil convencerse de que la pureza es imposible y que a pesar de la impureza, vamos progresando. Básicamente sigo siendo "cristiano hasta las últimas consecuencias", y creyendo que éste es un buen gobierno. Como también fue bueno el Frente Popular, en 1938, aunque los yerros de entonces parezcan tan reprochables como los actuales.

TEATRO DE COSAS

Conocido por su drama "Deja que los perros ladren", aunque a él le gusta más "Viña", Sergio Vodanovic se inclina ahora por preferir "Nos tomamos la Universidad":

-Los franceses han publicado 66 libros con los acontecimientos de mayo, la mayoría de los cuales son reportajes directos, pero donde también hay historias noveladas. Los chilenos solemos vivir las cosas sin pensarlas ni proyectarlas en libros o teatro, que es, me parece, el modo de hacer cultura. "Nos tomamos la Universidad" es un episodio vivido y pensado después por mí en términos dramáticos. Me gusta el modo teatral, sea como sea la obra.

Compartiendo también los desvelos de la gente de teatro europea y norteamericana que ante la competencia del cine y la TV sienten que su única ventaja es la de contar con el público frente al escenario, decidió regresar a los antiguos monólogos teatrales. Comprometer al auditorio hablándole directamente.

Uno de los universitarios rebeldes, Pancho (Francisco Morales), encuadra en su monólogo el testimonio de muchos estudiantes entrevistados para dar autenticidad a la pieza teatral sobre la toma universitaria que conmovió al país el año pasado. Dice al público:

-"Llegué hastiado de discursos, de símbolos, de monigotes que se construyen primero para quemarlos después. Quería acción de una vez por todas. Me bastaba el ejemplo de mi padre. El ha vivido aplaudiendo discursos, participó en la quema de monigotes de Gustavo Ross, del General Ibáñez y quizás de cuántos otros. Y ahí está el viejo. ¿Saben lo que es? Me da vergüenza decirlo: es radical".

El monólogo de Pancho, alias "El guerrillero" por ser el más extremista y quizás más politizado de la obra, termina en una violenta acusación:

LOS VODANOVIC: El dramaturgo entre su esposa Betty y su hija Milena. La niña no vio la obra porque sus papás están empeñados en que no hable garabatos: habría sido un mal ejemplo.



LA REFLEXION: Estudiantes divisan lo difícil de la pureza.



INTRANSIGENCIA JUVENIL: Pasa, como las espinillas.

-"Lo único que quiero hacer realidad es lo que mi padre decía y no creía. Yo sí creo. Y para hacerlo realidad estoy dispuesto a todo. A todo, menos a los discursos y a jugar a los monigotes. Por eso los cabros se burlaban de mí y me decían "El guerrillero". Y a mí no me quedaba sino esperar. Esperar el momento de la acción".

Pero la acción, la toma de la Universidad, constituye otra desilusión. Los dirigentes se acomodan. Transan con el profesor más pervertido, "El piojo Henríquez" de la obra. Dos Vicerrectores innecesarios rubrican y concretan la nueva repartija. La voz de Sergio Vodanovic, por la boca de su personaje afín, Arnaldo, se enfrenta al público y dice su reto dolido:

-"Lo mismo, lo mismo de siempre. Primero el ideal irrefrenable, la sed de la justicia, el ansia de pureza. Canciones, himnos, banderas desplegadas. Después el triunfo comprometido, la transacción, el desencanto".

Aunque Sergio Vodanovic niegue el aspecto político de su obra y la defina como la historia de la eterna juventud desilusionada por la imposibilidad de la pureza a que ella aspira, la racha política envuelve el escenario. Se oyen los cantos falangistas y los que caracterizaron la sucesión demócrata cristiana de la Falange. Ramón, el estudiante maduro, recuerda a un compañero que cuando hablaba a los estudiantes abría los brazos en cruz, como Cristo anunciando el Evangelio. Textual:

-"¿Dónde estaría él, ahora, si no hubiese muerto?"

"Y los que llegaron alborozados al festín del gobierno nuevo, y los que se mantuvieron fieles a su vocación de servir. Y los insultos soeces. Y la genuflexión servil. Y la amargura del que siente su juventud traicionada. Y el silencio que miente. Y la voz que reclama".

"LOS TOCABLES"

No pocos de los que asisten a las funciones del "Camilo Henríquez" están en las diferentes claves que Sergio Vodanovic inserta en su obra, porque, como reitera, es una obra "de las cosas que nos pasan y que los chilenos somos renuentes a meditar y proyectar". En un momento en que los muchachos que han tomado la Universidad conversan, comentan lo ocurrido con la candidatura parlamentaria de un zapatero López. Parece ficción pero es realidad. Esa candidatura existió el contrincante de López fue Bernardo Leighton, que la Falange sabía perdido, pero que destacó como un saludo a la bandera. Los falangistas trabajaron como locos. Ya perdidos, exhaustos, Radomiro Tomic pronunció la frase que tantas veces repite Ramón en la obra: "Un día llegará".

Sergio Vodanovic, a la RdD:

-En 1950 o en 1962 no habría entendido que un día del triunfo de la pureza es imposible, y que las batallas ganadas son parciales porque todas traen consigo corrupción en diferentes matices. Sin embargo, los recuerdos, como al personaje de Ramón, se me agolpan. Siendo fresco el decir de Eduardo Frei, entonces: -"La Falange no es un partido político sino una posición espiritual"